

**EN ESTA  
HABANA  
NUESTRA**

por **DON GUAL**

Las boticas de antaño. Hasta hace poco, en la calle de Amargura quedaba una de aquellas farmacias del ya lejano ayer de los que no somos jóvenes hoy. Era una botica clásica con su estantería llena de esos decorativos pomos, que hoy se arrebatan los coleccionistas románticos. Sobre el mostrador de mármol, en sus extremos sendos botellones de agua de colores. El frente sin vidriera tenía al centro una columna de hierro. En la anchura de la puerta doble, se situaban los asientos de los amigos del apotecario. Y desde las cinco de la tarde hasta cerca de la media noche, desfilaban por allí una variada colección, en donde no faltaba un Castelar, un pesimista, un gracioso y un viejo dominante que daba consejos sin que nadie se los pidiera. Allí se discutían las torpezas del nuevo Capitán General, los estrenos de Albisu y de Irijoa, el último baile de Tacón, los éxitos de Arcaño, Violá, y Carlos Royer en el diamante, las probabilidades de la última zafra, las noticias que llegaban de la manigua, los chismes sobre la Infanta Eulalia, y otros temas que "apasionaban" en aquellos días. De la rebotica llegaba un suave olor a cloroformo, a eter y a especies. De vez en cuando el boticario, con su gorrita bordada y su barba de abencerraje, se levantaba para vender un frasco de Emulsión (entonces estaban de moda, las de Rabell, Castell y Scotti), o una peseta de árnica (para los chichones), o unas sanguijuelas o un vino tónico (para el niño pálido que había en toda familia criolla) o unos parches porosos que se aplicaban bien calientes. El cliente siempre pedía la "contra": Caramelos, figuritas,

algún pomito de esencia de muestra, o una cajita de polvos dentífricos de San Agustín. A pesar del calor, los contertulios, casi todos caballeros de "treinta para arriba" se presentaban vestidos de dril blanco o de negra alpaca, calzando amplios borceguíes con elásticos a babor y a estribor. Gruesas cadenas de oro, cruzaban la convexidad del chaleco, donde todavía se desconocía la pluma de fuente. Unos portaban pencas de guano, otros bastones con topes de iniciales, y algunos el clásico paraguayo. Yo acompañé a mi padre a alguna de estas tertulias, pero a las 8, que era entonces la hora del cañonazo, me venía a buscar la negrita Ramona. Ahora con lo de las "farmacias de turno", uno ha perdido la afición a aquellas deliciosas reuniones, que le dieron hasta el nombre a la de Don Pepe Sarrá, en su esquina de Teniente Rey y Compostela. Y no olvidemos al Atepeo farmacéutico del doctor González Curquejo, en la calle Habana.

*Gual, Sep 9/45*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA